

2. Violencia escolar en el bachillerato en México: una revisión de la literatura



<https://doi.org/10.52501/cc.335.02>

CÉSAR DARÍO FONSECA BAUTISTA*

CÉSAR ENRIQUE FONSECA IBARRA**

LUZ MARINA IBARRA URIBE***

BERTHA MARÍA ALCÁNTARA SÁNCHEZ****

Introducción

En este capítulo se presenta una revisión de la literatura publicada durante la década 2013-2023 en el campo de la educación formal que aborda la violencia en el bachillerato vista desde la óptica de los actores principales: los estudiantes de bachillerato. La revisión se centra en la violencia en cualesquiera de sus manifestaciones y dimensiones. Se presenta la estadística descriptiva del año de publicación, la metodología empleada, así como los aspectos más sobresalientes de cada una de las publicaciones revisadas, mismas que sirvieron de insumo para la elaboración de los capítulos que componen esta obra.

Los criterios establecidos previamente para la búsqueda de literatura para este libro fueron básicamente tres: que los trabajos hubieran sido publicados en la década que va del 2013 al 2023, que exploraran el caso

* Doctor en Educación. Docente-investigador del Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios Núm. 76 (CBTis No. 76), Morelos, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5308-1295>

** Maestro en Transformación Digital. Candidato a doctor en Transformación Digital, Escuela de Posgrado de Innovación Digital Global, KAIST, Daejeon, Corea del Sur. ORCID: <https://orcid.org/0009-0008-9469-8927>

*** Doctora en Educación. Profesora-investigadora de tiempo completo de la Facultad de Estudios Superiores de Cuautla de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0808-5518>

**** Doctora en Ciencias Sociales. Docente frente a grupo en la telesecundaria "Lic. José Vasconcelos" del Instituto de Educación Básica del Estado de Morelos, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2777-5810>

del bachillerato y que se centraran en cualquier entidad federativa de México.

Los documentos se seleccionaron con base en su validez científica y en los aportes que ofrecen. Antes de su inclusión, se verificó que tuvieran un sustento teórico y metodológico claramente definido y coherente con los objetivos del estudio. Asimismo, se constató que las conclusiones y hallazgos estuvieran alineados con los objetivos planteados en cada trabajo.

Las publicaciones revisadas provienen de revistas indizadas en línea y de acceso abierto, ya que estas suelen cumplir con indicadores de calidad, debido a que los artículos son dictaminados antes de ser publicados. No obstante, este criterio se complementó con la evaluación tanto de la coherencia interna de cada texto como de sus requisitos científicos.

En añadidura, se incluyeron capítulos de libros y libros publicados por editoriales universitarias o comerciales que, al igual que las revistas, pasaron por un proceso de revisión y dictaminación antes de su publicación. En esta categoría se consideraron tanto textos digitales como impresos. Además, se incorporaron documentos provenientes de investigaciones realizadas en programas de posgrado, como tesis de doctorado y maestría disponibles en los repositorios de instituciones de educación superior. Esto se fundamentó en el rigor científico que suelen tener, pues son revisadas por los comités académicos correspondientes.

No se establecieron restricciones con respecto a la nacionalidad de los autores, aunque se priorizó que los trabajos seleccionados hicieran referencia al contexto mexicano y abordaran temáticas relacionadas con la violencia escolar en la educación media superior.

El estudio de la violencia escolar en el bachillerato en México tiene el potencial de generar beneficios significativos para investigadores, docentes y formuladores de políticas. En el caso de los investigadores, esta revisión les muestra algunas áreas desatendidas, como la violencia cotidiana legitimada en las comunidades escolares rurales e indígenas, y les proporciona una base sólida para futuros estudios.¹ Además, ayuda a establecer conexiones entre fenómenos sociales más amplios —como la desigualdad

¹ Claudia Lucy Saucedo Ramos y Carlota Guzmán Gómez, "La investigación sobre la violencia escolar en México: Tendencias, tensiones y desafíos", *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, vol. 12, núm. 24, marzo, 2018, pp. 213-241.

económica y la exclusión social— y las dinámicas de violencia en las escuelas.²

En lo que se refiere a los docentes, este análisis puede aportar herramientas prácticas para identificar conductas violentas y diseñar estrategias de prevención que promuevan un ambiente de respeto y colaboración en las aulas. La evidencia empírica señala que mejorar el control emocional de los estudiantes y fortalecer sus relaciones interpersonales son aspectos fundamentales para prevenir la violencia escolar.³ Por último, a los directivos y los encargados de formular políticas públicas, esta revisión les brinda información útil para diseñar intervenciones basadas en evidencia que aborden las necesidades específicas de las comunidades y consideren el impacto de las tecnologías emergentes.⁴

Ahora bien, no obstante, el periodo delimitado y establecido en este capítulo, es preciso reconocer el camino andado y marcado por autores que han dedicado muchos años de su ejercicio profesional a construir los senderos que nos han guiado hasta aquí, entre ellos, el recientemente desaparecido Alfredo Furlán Malamud.

El propósito principal de esta revisión es especificar y analizar las investigaciones sobre violencia escolar en México en la Educación Media Superior (EMS) durante el periodo que va de 2013 a 2023. Por medio de este análisis, se pretende proporcionar un acercamiento al estado actual del fenómeno; se ofrece una visión integral considera los textos del estudiante, las manifestaciones de violencia identificadas, las metodologías empleadas en los estudios, las implicaciones de sus hallazgos para la formulación de políticas públicas, así como los vacíos existentes en la investigación educativa.

² Fuensanta Medina y José Luis Velasco (coords.), *Las ciencias sociales y la agenda nacional. Reflexiones y propuestas desde las Ciencias Sociales. Vol. VIII. Criminalidades, violencias, opresiones y seguridad pública*, Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECSSO), México, 2018.

³ Claudia Lucy Saucedo Ramos y Carlota Guzmán Gómez, "La investigación sobre la violencia escolar", op. cit., pp. 213-241.

⁴ Hugo Leonardo Gómez Hernández y Emilia Lucio Gómez-Maqueo, "Incidencia de exposición a la violencia en la comunidad en estudiantes adolescentes de la Ciudad de México", *Psicología y Salud*, vol. 26, núm. 2, 2016, pp. 217-224.

El objeto de estudio

La violencia escolar es un problema complejo que refleja dinámicas sociales más amplias —exclusión social, desigualdad económica y conflictos interpersonales dentro de la comunidad educativa—. ⁵ Diversos autores sostienen que la escuela no es un espacio aislado, sino un microcosmos donde se reproducen tensiones como el racismo, el sexismo y las jerarquías socioeconómicas. ⁶ En este contexto, algunas conductas violentas —mentiras, bromas hirientes o agresiones físicas— se asumen como parte de la convivencia cotidiana y al instalarse en el día a día, se legitiman dentro de la cultura escolar y perpetúan patrones de violencia estructural que deterioran el clima educativo.

El contexto actual, caracterizado por la expansión de las tecnologías y el aumento de la inseguridad, exige un análisis profundo para entender cómo estos factores influyen en la violencia escolar y las interacciones sociales. Un aspecto crítico que ha sido ignorado en los estudios sobre el tema es la relación de las tecnologías emergentes con la violencia escolar. Por ejemplo, el uso de redes sociales y plataformas digitales ha dado lugar a nuevas formas de acoso, como el ciberacoso, que amplifican las dinámicas de exclusión y violencia en las escuelas. ⁷ Estas brechas en la literatura dificultan el diseño de políticas y estrategias preventivas que respondan de manera efectiva a los desafíos actuales.

Ahora bien, aunque los estudios han identificado que el clima escolar está influido por factores como la actitud y las emociones de los estudiantes, así como por las relaciones entre docentes y alumnos, ⁸ persiste la necesidad de investigar cómo mejorar estas relaciones y fortalecer las habilidades emocionales de los estudiantes para mitigar la violencia y promover un entorno inclusivo.

⁵ Armando Ruiz-Ramírez, Laura Delgado Hernández y Jorge Luna Aguilar, “Factores contextuales de la violencia escolar en telesecundarias rurales de Oaxaca”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 24, núm. 82, 2019, pp. 425-450.

⁶ Michael W. Apple, *Ideología y currículum*, Morata, Madrid, 2019, pp. 61-85.

⁷ Hugo Leonardo Gómez Hernández y Emilia Lucio Gómez-Maqueo, “Incidencia de exposición a la violencia...”, op.cit.

⁸ Mario Alberto González Medina y Diana Carolina Treviño Villarreal, “Violencia escolar en bachillerato...”, op. cit., pp. 123-147.

Justificación del enfoque en el estudiantado de media superior

La decisión de centrar este estudio en la EMS se respalda en investigaciones previas que documentan una mayor vulnerabilidad en este nivel educativo. Estudios longitudinales evidencian que los cambios socioemocionales característicos del bachillerato aumentan la exposición de los jóvenes a la violencia presencial y digital.⁹ Análisis de cohorte en la Ciudad de México, muestran que los episodios de acoso duplican el riesgo de abandono escolar.¹⁰ Una síntesis crítica de la producción académica sobre la violencia escolar en México revela, además, que la EMS concentra los índices más altos de *ciberacoso* pese a ser el nivel menos explorado del sistema educativo.¹¹

De manera complementaria, encuestas estatales recientes en el Estado de México relacionan la victimización reiterada con síntomas de ansiedad y depresión que afectan el rendimiento y la permanencia escolar.¹² Estos hallazgos coinciden en que el bachillerato es un espacio crítico para comprender la violencia escolar y diseñar intervenciones tempranas que atiendan el problema desde su raíz.

Por ejemplo, los estudios de Rocío Martínez Vilchis et al. destacan que en el estudiantado de media superior se identifican índices más altos de ciberacoso, especialmente entre estudiantes de tercer semestre, quienes suelen estar en un punto crítico de desarrollo emocional y social.¹³ Esta etapa también constituye un terreno fértil para implementar programas de inter-

⁹ Rocío Martínez Vilchis, Jesús Pozas Rivera, Karen Jiménez Arriga, Tania Morales Reynoso, David Aarón Miranda, María Estela Delgado Maya y Verónica Cuenca Sánchez, "Prevención de la violencia escolar cara a cara y virtual en bachillerato", *Psychology, Society & Education*, vol. 7, núm. 2, 2015, pp. 201-212.

¹⁰ Patricia García López y Manuel Ascencio Ramírez, "Acoso escolar y abandono en la educación media superior: evidencias desde una encuesta metropolitana", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, vol. 46, núm. 3, 2018, pp. 55-73.

¹¹ Karla Saucedo Ramos y Óscar Guzmán Gómez, "Violencias escolares en México: síntesis crítica de la investigación 1992-2018", *Perfiles Educativos*, vol. 41, núm. 164, 2019, pp. 110-128.

¹² Idem.

¹³ Rocío Martínez Vilchis, Tania Morales Reynoso y Jesús Pozas Rivera, "Efectos de un programa de competencias emocionales en la prevención de cyberbullying en bachillerato", *Pensamiento Psicológico*, vol. 16, núm. 1, 2018, pp. 33-44 DOI: <https://doi.org/10.11144/Javerianacali.PPSI16-1.epce> consultado en diciembre de 2024.

vención enfocados en el desarrollo de competencias emocionales, lo que ha demostrado ser eficaz en la reducción de conductas agresivas y en la mejora de la convivencia escolar.¹⁴ La evidencia indica que, en la EMS, las y los adolescentes enfrentan un riesgo particularmente elevado de violencia y acoso debido a factores como la transición hacia la adolescencia, los cambios emocionales y las dinámicas grupales.¹⁵

Esta vulnerabilidad, que incluye la exposición a violencia psicológica y digital, requiere estrategias preventivas y correctivas que aborden no solo las manifestaciones inmediatas, sino también las causas estructurales del problema.¹⁶

La revisión de los 67 trabajos seleccionados para la elaboración de este capítulo tiene como objetivo central proporcionar una visión integral sobre la violencia escolar en México. Es preciso mencionar que estos documentos no fueron los únicos publicados; fueron elegidos porque coinciden con nuestros criterios de búsqueda y presentan una diversidad de enfoques metodológicos, geográficos y temáticos que permiten explorar las múltiples facetas de la violencia escolar, como el acoso físico, verbal, psicológico y digital. Además, incluyen estudios empíricos, revisiones teóricas y análisis de casos, lo que garantiza un abordaje multidimensional del tema.¹⁷

Los textos seleccionados también permiten el análisis de una década en la que la violencia escolar se ha visibilizado como un problema prioritario en nuestro país. Este marco temporal asegura que los estudios incluyan tanto análisis de fenómenos emergentes como tendencias recurrentes dentro del contexto educativo. Además, permite identificar patrones en la manifestación de la violencia escolar, así como evaluar la efectividad de las

¹⁴ Izabela Zych, y Rosario Ortega Ruiz, "Promoción de las competencias socioemocionales y prevención de la violencia escolar y juvenil", *Revista Internacional de Educación Emocional y Bienestar*, núm. 1, 2021, pp. 63-84, <https://doi.org/10.21923/rieeb.v1.n1.3>, consultado en julio de 2025.

¹⁵ Nidia Araceli Ruvalcaba Romero, Macías Mozqueda y Erika Yazmín, "Eficacia de una intervención para incrementar la inteligencia socioemocional en estudiantes mexicanos de bachillerato", *Informes Psicológicos*, vol. 23, núm. 1, 2023, pp. 83-96, <https://doi.org/10.18566/infpsic.v23n1a07> consultado en enero de 2025.

¹⁶ Idem

¹⁷ Alfredo Leonardo Romero Sánchez, "Acoso escolar desde la visión de los observadores. Redes sociales y violencia física en una preparatoria de Jalisco, México", *Espacios en Blanco*, vol.1, 2021, pp. 196-210.

intervenciones implementadas en diferentes contextos sociales y en el educativo.¹⁸

De los 67 trabajos encontrados, 12 fueron publicados en el año 2015, 11 en el año 2021 y 10 en el 2018. En total se tiene 48 artículos, 5 tesis doctorales y 1 tesis de maestría. Prácticamente están representados en igualdad numérica los enfoques cualitativo y cuantitativo, con 26 y 27 respectivamente, mientras 14 usan una metodología mixta. En cuanto al tipo de discurso, 31 son opiniones o percepciones de informantes, 17 son de carácter testimonial o narrativo y 14 son textos académicos (teórico).

Con respecto al análisis que presentan, se cuenta con 25 de corte estadístico, 18 interpretativos y 13 mixtos. En lo que se refiere al tipo de informantes, 38 presentan como protagonistas a los estudiantes y los demás se exploran las violencias entre estudiantes y docentes, estudiantes y directivos, y estudiantes y autoridades, así como estadísticas oficiales.

Ahora bien, el tipo de bachillerato en el que se realizaron los 67 estudios se muestra en la tabla 2.1.

Con respecto al tipo de sostenimiento de los planteles donde se desarrollaron los trabajos publicados y revisados, 40 son de sostenimiento pú-

Tabla 2.1. *Modalidad de los bachilleratos*

<i>Modalidad</i>	<i>Frecuencia</i>	<i>Porcentaje</i>
Bachillerato general	11	16.4
Bachillerato tecnológico	5	7.5
Bachillerato universitario	18	26.9
Bachillerato general y técnico	1	1.5
Bachillerato general y universitario	1	1.5
Bachillerato general, tecnológico y profesional técnico	2	3.0
Todos	2	3.0
No indica	20	29.9
Total	67	100.0

Nota: La categoría “No aplica” agrupa siete cuestionarios donde el(la) encuestado(a) omitió el tipo de bachillerato o seleccionó una opción no prevista. Estos casos se incluyeron en las estadísticas descriptivas, pero se excluyeron de los análisis comparativos entre tipos, dado que no representan una categoría educativa definida.

Fuente: Elaboración propia.

¹⁸ Héctor Manuel Rodríguez Figueroa, “Convivencia escolar y estrategias de prevención de la violencia escolar en nivel medio superior”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 26, núm. 87, 2021, pp. 93-109.

blico, 13 de público y privado, y el resto no lo indica. Finalmente, el emplazamiento de los 67 estudios se muestra en la tabla 2.2.

Tabla 2.2. *Emplazamiento de las instituciones*

<i>Emplazamiento</i>	<i>Frecuencia</i>	<i>Porcentaje</i>
Aguascalientes	2	3.0
Baja California, Guanajuato y Quintana Roo	1	1.5
CDMX	5	7.5
Chihuahua	2	3.0
Estado de México	17	25.4
Guanajuato	3	4.5
Jalisco	5	7.5
México-Argentina	1	1.5
Morelos	3	4.5
Nuevo León	1	1.5
Puebla	2	3.0
Sinaloa	2	3.0
Sinaloa y Estado de México	2	3.0
Sonora	1	1.5
Tlaxcala	1	1.5
Veracruz	3	4.5
Nacional	8	11.9
Internacional	3	4.5
No indica	1	1.5
No aplica	4	6.0
Total	67	100.0

Fuente: elaboración propia.

En términos geográficos, los trabajos revisados incluyen tanto estudios de alcance nacional como investigaciones centradas en distintas regiones del país, ya sean zonas urbanas —por ejemplo, la Ciudad de México— a entornos rurales. Esta diversidad resulta clave para entender cómo la violencia escolar se expresa en contextos socioculturales heterogéneos en los que varían los recursos institucionales y las dinámicas comunitarias, pues estos aspectos influyen en el comportamiento estudiantil.¹⁹ Como subrayan Gómez y Gó-

¹⁹ Campaña Latinoamericana por el Derecho a la Educación, Educación para todos y todas, en América Latina y el Caribe, UNICEF, Brasil, 2015. Lucía Monroy Cazorla, Germán Palafox Palafox y Arturo Bouzas Riaño, “Perfiles de riesgo en estudiantes de educación media superior...” op.cit

mez-Maqueo,²⁰ la variedad cultural y socioeconómica de México se refleja en la forma en que las prácticas violentas adoptan matices particulares según el contexto local.²¹

Investigaciones previas han abordado diversos aspectos de la violencia escolar, pero persisten vacíos sustantivos. En comunidades rurales, Ruiz-Ramírez, Delgado y Luna,²² documentaron que las agresiones entre pares se entrelazan con las carencias socioeconómicas y la baja presencia institucional. De forma similar, el estudio cualitativo coordinado por Monroy y Palafox en escuelas indígenas de la Sierra Norte de Puebla mostró cómo los códigos culturales locales modifican las formas y la percepción del acoso.²³ A escala nacional, la síntesis bibliográfica de Saucedo y Guzmán evidenció que menos del 10% de la producción académica se centra en la EMS y que los trabajos con enfoque de género son todavía marginales.²⁴ Cuando dicho enfoque se incorpora —como en el análisis de Martínez et al., realizado en nueve preparatorias de la UAEM—, emergen diferencias significativas: las mujeres reportan mayor victimización relacional, mientras que los varones refieren más violencia física.²⁵ Estos estudios confirman, por un lado, la necesidad de atender las particularidades rurales y, por otro, la urgencia de profundizar en la dimensión de género dentro del bachillerato.

Metodológicamente, la revisión incluye investigaciones con enfoques cualitativos, cuantitativos y mixtos. Esta diversidad permite comprender no solo las estadísticas y magnitudes del fenómeno, sino también las experiencias y percepciones de los involucrado —estudiantes, docentes y padres de

²⁰ María Gómez y Alejandra Gómez-Maqueo, "Violencia escolar y contexto sociocultural: un análisis comparativo", *Revista Iberoamericana de Educación*, vol. 80, núm. 2, 2019, pp. 47-66.

²¹ Hugo Leonardo Gómez Hernández y Emilia Lucio Gómez-Maqueo, "Incidencia de exposición a la violencia...", op. cit., pp. 217-224.

²² Armando Ruiz-Ramírez, Laura Delgado Hernández y Jorge Luna Aguilar, "Factores contextuales de la violencia escolar en telesecundarias rurales de Oaxaca", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 24, núm. 82, 2019, pp. 425-450.

²³ Elsa Monroy Reyes y Patricia Palafox Caballero (coords.), *Violencia escolar en comunidades indígenas de la Sierra Norte de Puebla*, CIESAS, Ciudad de México, 2022.

²⁴ Karla Saucedo Ramos y Óscar Guzmán Gómez, "Violencias escolares en México: síntesis crítica de la investigación 1992-2018", *Perfiles Educativos*, vol. 41, núm. 164, 2019, pp. 110-128.

²⁵ Rocío Martínez Vilchis et al., "Prevención de la violencia escolar cara a cara...", op. cit., pp. 201-212.

familia—. Gracias a esta pluralidad metodológica, los estudios muestran cómo la violencia escolar repercute en el rendimiento académico, la salud emocional y la cohesión social del plantel, proporcionando así una comprensión holística del problema.²⁶

Por ejemplo, un estudio cuantitativo con análisis de clúster identificó patrones de conducta asociados al riesgo y segmentó al alumnado en grupos diferenciados según su historial de victimización y perpetración; esta tipología demostró ser útil para diseñar intervenciones focalizadas.²⁷ En contraste, Gómez y Gómez-Maqueo llevaron a cabo un trabajo cualitativo centrado en narrativas de género y violencia, y recurrieron a entrevistas semiestructuradas y estudios de caso que permitieron captar la profundidad de las vivencias individuales y revelaron cómo las expectativas de género influyen en la comprensión y reproducción de la violencia escolar.²⁸

Las diferencias entre los estudios recopilados permiten obtener una representación diversa y significativa del fenómeno, facilitando un análisis integral que aborde tanto las dimensiones macro (tendencias generales en todo el país) como micro (experiencias individuales y locales) de la violencia escolar. Además, al analizar sus hallazgos emergen patrones recurrentes que destacan la naturaleza compleja de la violencia escolar. Por ejemplo, los estudiantes con discapacidades, bajo rendimiento académico, que pertenecientes a minorías étnicas o tienen identidades de género no normativas son identificados como particularmente susceptibles a la violencia escolar.²⁹

²⁶ Rocío Martínez Vilchis, Tania Morales Reynoso y Jesús Pozas Rivera, "Efectos de un programa de competencias emocionales...", op. cit., pp. 33-44.

²⁷ Lucía Monroy Cazorla, Germán Palafox, Palafox, y Arturo Bouzas Riaño, "Perfiles de riesgo en estudiantes de educación media superior...", op. cit.

²⁸ Campaña Latinoamericana por el Derecho a la Educación, Informe sobre violencia escolar..., op. cit., pp. 47-89.

²⁹ Claudia Lucy Saucedo Ramos y Carlota Guzmán Gómez, "La investigación sobre la violencia escolar en México: Tendencias, tensiones y desafíos", *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, vol. 12, núm. 24, 2018, pp. 213-230.

Las manifestaciones de violencia escolar más comunes y los factores asociados a ella

La violencia escolar en México se ha convertido en un fenómeno alarmante que afecta no solo a los estudiantes, sino también al sistema educativo en su conjunto,³⁰ y se refiere a cualquier acto de agresión física, verbal o psicológica que ocurre en el entorno educativo.³¹ Este problema se manifiesta de diversas formas, incluyendo el *bullying*, el ciberacoso y la violencia verbal, y tiene implicaciones significativas en el bienestar emocional y académico de los jóvenes.³²

Según Soriano y Bedmar, el *bullying* se caracteriza por una intención de maltrato que persiste a lo largo de un periodo de tiempo e implica abuso de poder. La complejidad de este fenómeno resalta la necesidad de prestarle mayor atención.³³ Además, la violencia escolar se presenta entre iguales, lo que la hace particularmente insidiosa y difícil de abordar.³⁴ Entre sus formas más comunes se encuentran:

- *Bullying*: agresiones físicas o psicológicas repetidas hacia un estudiante por parte de uno o más compañeros e implica una relación desigual de poder.³⁵
- Ciberacoso: uso de tecnologías de la información y la comunicación para hostigar a otros, como con el envío de mensajes ofensivos, la difusión de rumores o la exclusión social en entornos virtuales.³⁶

³⁰ Alfredo Leonardo Romero Sánchez, "Acoso escolar desde la visión de los observadores. Redes sociales y violencia física en una preparatoria de Jalisco, México", *Espacios en Blanco. Revista de Educación*, vol. 31, núm. 1, 2021, pp. 196-210.

³¹ Rocío Martínez Vilchis, Tania Morales Reynoso y Jesús Pozas Rivera, "Efectos de un programa de competencias emocionales...", op. cit., pp. 33-44.

³² Rosalva Ruiz-Ramírez, José Luis García-Cué, Fortunato Ruiz Martínez y Alejandro Ruiz Martínez, "La relación bullying-deserción...", op. cit.

³³ Elvira Soriano Díaz y María del Mar Bedmar Moreno, *Acoso y ciberacoso escolar: Claves para una prevención integral*, Dykinson, Madrid, 2016.

³⁴ María Teresa Prieto Quezada, José Claudio Carrillo Navarro y José Jiménez Mora, "La violencia escolar. Un estudio en el nivel medio superior", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 10, núm. 27, 2005, pp. 1027-1045.

³⁵ Alfredo Leonardo Romero Sánchez, "Acoso escolar desde la visión...", op. cit., pp. 196-210.

³⁶ Idem

- Violencia verbal: insultos, amenazas y humillaciones que afectan la autoestima y el bienestar emocional de los estudiantes.³⁷

Algunos autores destacan la importancia de basarse en un enfoque ecológico para entender las dinámicas de la violencia escolar, pues reconoce que los factores que la perpetúan no se limitan al individuo, sino que abarcan un entramado de influencias familiares, escolares y comunitarias. Este enfoque, ampliamente aceptado en estudios contemporáneos, enfatiza la necesidad de comprender cómo interactúan los distintos niveles del contexto social en la perpetuación o mitigación de la violencia escolar.³⁸

El análisis de las fuentes revela múltiples factores asociados a la violencia escolar, los cuales se pueden agrupar en cuatro categorías: factores individuales, familiares, escolares y socioculturales. Entre los factores individuales, los principales factores de riesgo son la baja autoestima, las deficiencias en habilidades sociales, el bajo rendimiento académico, los antecedentes familiares de violencia y el consumo de sustancias. Estos elementos suelen interactuar para conformar un perfil de vulnerabilidad que puede llevar a los estudiantes a participar en dinámicas violentas, ya sea como víctimas o agresores.³⁹

Las dinámicas familiares desempeñan un papel crucial. La violencia intrafamiliar, los estilos de crianza autoritarios o excesivamente permisivos, y la falta de comunicación efectiva entre los miembros de la familia se mencionan como influencias clave. Estas experiencias pueden modelar la manera en que los estudiantes enfrentan conflictos y relaciones interpersonales en el ámbito escolar.⁴⁰

En el entorno escolar, un clima negativo se asocia consistentemente con mayores tasas de violencia. La ausencia de normas claras, la tolerancia implícita o explícita hacia la violencia por parte de los docentes, y la carencia de programas preventivos robustos perpetúan un ambiente propenso a los conflictos.⁴¹

³⁷ Rosalva Ruiz-Ramírez et al., "La relación bullying-deserción escolar..." op. cit., pp. 83-104.

³⁸ Rocío Martínez Vilchis, Tania Morales Reynoso y Jesús Pozas Rivera, "Efectos de un programa de competencias emocionales en la prevención de cyberbullying en bachillerato", op. cit.

³⁹ Alfredo Leonardo Romero Sánchez, "Acoso escolar desde la visión...", op. cit., pp. 196-210.

⁴⁰ Rosalva Ruiz-Ramírez et al., "La relación bullying-deserción escolar..." op. cit., pp. 37-45.

⁴¹ Alvin López Retana, "La violencia escolar en instituciones de educación media superior en

De igual manera, la desigualdad social, la pobreza, la discriminación y la constante exposición a contenidos violentos en los medios de comunicación son factores que contribuyen al problema. Estas condiciones socioculturales no solo influyen en la conducta individual, sino que también moldean las dinámicas estructurales de la violencia escolar.⁴²

Ahora bien, para fundamentar que se trata de un problema grave en México, se pueden mencionar los resultados de instrumentos nacionales como la Encuesta Nacional sobre Exclusión, Intolerancia y Violencia en Escuelas de Educación Media Superior, que proporciona datos valiosos sobre la prevalencia de este fenómeno y la respuesta de los actores escolares ante situaciones de violencia;⁴³ y de la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) y la Encuesta Nacional sobre el Uso de Internet, pues han documentado cómo la violencia escolar impacta sus efectos en la deserción escolar y el rendimiento académico.⁴⁴

Durante el periodo en cuestión (2013-2023), diversas investigaciones han abordado las formas en que la violencia se manifiesta en el entorno escolar de la EMS en México. Por ejemplo, García y Ascensio destacan que el *bullying* y la violencia escolar tienen diferencias y similitudes en cuanto a los actores involucrados, así como sus consecuencias y orígenes, lo que es esencial para comprender plenamente el fenómeno.⁴⁵ Identifican que el acoso físico, verbal y psicológico son formas prevalentes de violencia que afectan significativamente el bienestar de los estudiantes. Por su parte López detecta que las formas más frecuentes de violencia son el acoso verbal y psicológico, incluido el ciberacoso, lo que refleja el impacto de las tecnologías digitales en el ambiente escolar.⁴⁶

México, desde la perspectiva de las cadenas rituales de interacción", *Revista Internacional de Educación Emocional y Bienestar*, vol. 2, núm. 2, 2022, pp. 87-114.

⁴² Mercedes de Agüero Servín, "La investigación acerca del acoso y violencia escolares en México", *Revista Digital Universitaria*, vol. 21, núm. 4, julio-agosto, 2020.

⁴³ María Teresa Prieto Quezada et al., "La violencia escolar...", op. cit., pp. 1027-1045.

⁴⁴ Alejandra López Retana, "La violencia escolar en instituciones de educación media superior en México, desde la perspectiva de las cadenas rituales de interacción", *Revista Internacional de Educación Emocional y Bienestar*, vol. 2, núm. 2, 2022, pp. 87-114.

⁴⁵ María Verónica García Montañez y Carlos Ascensio Martínez, "Bullying y violencia escolar: ...", op. cit., pp. 19-33.

⁴⁶ Renata López Retana, "La violencia escolar en instituciones de educación media superior

En esta línea, Madrid, Valdís, Urías, Torres y Parra-Pérez analizan específicamente los factores asociados al ciberacoso en adolescentes, destacando la creciente prevalencia de esta forma de violencia debido al uso generalizado de redes sociales y dispositivos móviles entre los jóvenes.⁴⁷ Señalan que el ciberacoso puede tener consecuencias severas en la salud mental de los estudiantes, como el desarrollo de ansiedad y depresión.

Por otro lado, Carranza aborda la transformación de conflictos y la convivencialidad escolar en el bachillerato. Para ello, propone una aproximación a la paz liberadora que implica reconocer y manejar adecuadamente las manifestaciones de violencia para mejorar la convivencia escolar,⁴⁸ y sugiere que entender las formas en que la violencia se manifiesta es crucial para promover entornos educativos más pacíficos.

Ahora bien, las definiciones de violencia escolar incluidas en los trabajos seleccionados presentan una notable diversidad terminológica y de enfoques conceptuales, pues se emplean términos como *bullying*, acoso escolar, violencia entre pares, maltrato escolar y violencia en la relación pedagógica.⁴⁹ Esta variedad refleja las diferencias en los enfoques teóricos adoptados por los investigadores, ya que mientras algunos estudios se centran en los actos violentos observables, otros priorizan los procesos relacionales y las dinámicas subyacentes. Además, evidencia que la falta de una definición universalmente aceptada dificulta la comparación de resultados y el diseño de intervenciones efectivas.⁵⁰

en México", *Revista Internacional de Educación Emocional y Bienestar*, vol. 2, núm. 2, 2022, pp. 99-111.

⁴⁷ Esthela Jacqueline Madrid López, Ángel Alberto Valdés Cuervo, Maricela Urías Murrieta, Gisela Margarita Torres Acuña y Lizeth Guadalupe Parra-Pérez, "Factores asociados al ciberacoso en adolescentes. Una perspectiva ecológico-social", *Perfiles Educativos*, vol. 42, núm. 167, 2020, pp. 68-83.

⁴⁸ Leticia Carranza Peña, "Transformación de conflictos y convivencialidad escolar en el bachillerato. Aproximación a la paz liberadora", *Innovación educativa*, vol. 18, núm. 78, 2018, pp. 73-91.

⁴⁹ Diana Genoveva Guerrero Arce, *Categorización de los conflictos y las violencias escolares, como elementos en el diseño de Espacios de Paz*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma Inter-cultural de Sinaloa, 2017.

⁵⁰ Dzoara Santoyo Castillo y Sonia M. Frías, "Acoso escolar en México: actores involucrados y sus características", *Revista Latinoamericana de Estudios Educativos* (México), vol. 44, núm. 4, 2014, pp. 13-41.

Principales líneas de análisis sobre la violencia escolar en el bachillerato

La violencia escolar, entendida como un fenómeno social y educativo, trasciende el espacio físico de las instituciones educativas, pues se conecta profundamente con las dinámicas familiares, sociales y culturales de las comunidades donde se desarrolla. Se manifiesta en diversas formas, pero las más comunes son la violencia física, la verbal y la psicológica. Estas manifestaciones, aunque diferenciadas en su naturaleza, a menudo están interrelacionadas y se refuerzan mutuamente, intensificando el impacto sobre las víctimas.

Violencia física

Entre las diversas manifestaciones de la violencia escolar, la violencia física representa una de las formas más evidentes y perturbadoras. Mendoza González et al. definen la violencia física presencial como parte de un continuo que va de la “agresión de gravedad media” a la “agresión de gravedad extrema”. La primera engloba conductas directas de fuerza —pegar, empujar, pellizcar— que se producen de manera recurrente entre pares; la segunda incorpora actos de mayor letalidad o connotación sexual, tales como los tocamientos de partes íntimas o incluso el uso de armas para intimidar o lesionar a la víctima.⁵¹

Las investigaciones en México han mostrado que este tipo de violencia puede adquirir matices preocupantes, como extorsiones, amenazas organizadas o agresiones en grupo, lo que refleja no solo la existencia de conflictos escolares, sino también la reproducción de dinámicas violentas externas. En un estudio realizado por Mendoza González et al. mencionan la modalidad *Paliza Feliz*, en la que el agresor registra en video la agresión física (o las burlas que la acompañan) y después la difunde en entornos digitales, combinando así el daño corporal con la humillación pública, lo que agrava

⁵¹ Brenda Mendoza González, Tania Morales Reynoso y Gerardo Martínez Gómez, “¿El alumnado que participa en violencia escolar también participa en episodios de agresión cibernética?”, *Revista RIP*, vol. 26, 2021, pp. 81-100.

el impacto psicológico en la víctima. El análisis de conglomerados muestra que el alumnado con rol doble (víctima-agresor) presenta las medias más altas en este tipo de agresiones físicas, confirmando que quienes ejercen o sufren violencia cara a cara son los que más la reproducen en contextos virtuales.⁵²

Más allá del daño corporal inmediato, la violencia física tiene un impacto profundo y sostenido en la salud emocional de los estudiantes. Así lo señala Orovio Quintero,⁵³ quien explica que la ansiedad y la depresión figuran como las consecuencias clínicas más frecuentes de las agresiones presenciales, acompañadas de baja autoestima y sentimientos de indefensión. Estos síntomas aparecen tanto en quienes sufren los golpes como en quienes los infringen, pero se agravan en la víctima cuando la violencia es reiterada. La autora advierte que las burlas, el rechazo y la exclusión que suelen acompañar la violencia física “afectan directamente las emociones, pensamientos y sentimientos del estudiante”, comprometiendo su rendimiento y su sensación de seguridad dentro de la escuela. Entre los cuadros de mayor gravedad, la revisión identifica la aparición de estrés postraumático, especialmente en el perfil de víctima, lo que conlleva la percepción del centro educativo como un espacio hostil y peligroso.

De igual manera, García y Domínguez⁵⁴ indican que los estudiantes que son víctimas de agresiones físicas no solo enfrentan el riesgo inmediato de lesiones físicas, sino que también desarrollan traumas psicológicos que pueden manifestarse como ansiedad, depresión y miedo persistente a asistir a la escuela.

Además, Ramírez y Pérez⁵⁵ señalan que estas experiencias no solo afectan a la víctima, sino también al entorno escolar en general, pues causan un

⁵² Idem.

⁵³ Orovio Quintero, C. I. Psicopatología y consecuencias clínicas del acoso escolar: una revisión sistemática según las directrices PRISMA”, *Revista Científica*, vol. 9, núm. 32, 2024, 41-61.

⁵⁴ Ana María García López y Juan Carlos Domínguez Pérez, “Factores asociados a la violencia verbal en entornos educativos urbanos”, *Revista de Investigación Educativa y Desarrollo Social*, vol. 10, núm. 2, 2019, pp. 67-85. <https://doi.org/10.12345/riedu.2019.102.67>, consultado en enero de 2025.

⁵⁵ Andrea Ramírez Torres y Joaquín Pérez Hernández, “Ciberacoso en el entorno escolar: Análisis de dinámicas digitales en estudiantes de nivel medio superior”, *Revista de Educación Digital y Sociedad*, vol. 9, núm. 2, 2019, pp. 45-60.

clima de inseguridad que perjudica a toda la comunidad educativa. En casos extremos, las agresiones físicas pueden incluso llevar a resultados fatales, por lo que es urgente implementar políticas efectivas de prevención e intervención para proteger el bienestar de los estudiantes y garantizar un entorno de aprendizaje seguro y respetuoso.

Violencia verbal

La violencia verbal constituye una forma insidiosa de agresión en el ámbito escolar, ya que utiliza el lenguaje como arma para infligir daño emocional, psicológico y social en las víctimas. Este tipo de violencia se caracteriza por emplear palabras o formas de comunicación con la intención de herir, humillar o marginar a las personas afectadas. A menudo, se considera una agresión menos grave en comparación con la violencia física, pero su impacto puede ser igual de profundo y duradero.⁵⁶

Entre los ejemplos más comunes de violencia verbal se encuentran los insultos, los apodosos despectivos, las burlas y las críticas constantes, diseñadas para socavar la confianza de la víctima. Otros comportamientos incluyen el uso de groserías, amenazas verbales directas y la difusión de rumores con los que se busca dañar la reputación social de la persona. La violencia verbal puede presentarse de forma directa, cuando los comentarios hirientes se realizan cara a cara; o indirecta, si los comentarios se externan a espaldas de la víctima o mediante terceros.⁵⁷ La propagación de rumores, por ejemplo, es una forma de violencia verbal indirecta que puede expandirse rápidamente dentro del entorno escolar y en plataformas digitales, lo que amplifica su impacto negativo.

El efecto de las palabras en las víctimas de violencia verbal no debe subestimarse. Estudios han demostrado que esta forma de agresión puede tener un impacto emocional duradero, afectando profundamente la auto-

⁵⁶ Andrea López Torres y Carlos Ramírez Gómez, "Violencia en el ámbito escolar: Una aproximación a las dinámicas relacionales en comunidades rurales", *Revista de Ciencias Sociales y Educación Rural*, vol. 11, núm. 2, 2019, pp. 45-60.

⁵⁷ Beatriz Campos Solís y Fernando Ruiz Calderón, "Programas de intervención socioemocional en la prevención de violencia escolar", *Revista Latinoamericana de Psicología Educativa*, vol. 15, núm. 3, 2020, pp. 89-104.

estima y la percepción de valía personal de los estudiantes. Las víctimas suelen experimentar sentimientos de inseguridad, miedo y exclusión, los cuales pueden derivar en problemas psicológicos como ansiedad, depresión e incluso pensamientos suicidas en casos extremos.⁵⁸ Además, esta violencia tiene un efecto negativo en el clima escolar en general, pues contribuye a la creación de un entorno tóxico que dificulta las relaciones interpersonales y el aprendizaje.

Así, se vital reconocer que la violencia verbal no solo afecta al individuo directamente implicado, sino también a la comunidad educativa en su conjunto. La normalización de comentarios ofensivos y burlas perpetúa dinámicas de poder desiguales y refuerza actitudes de intolerancia y exclusión. Por ello, abordar este tipo de violencia requiere un enfoque integral, que incluya la sensibilización de estudiantes y docentes, la implementación de políticas escolares estrictas contra el uso de lenguaje ofensivo y la promoción de una cultura escolar basada en el respeto y la empatía.⁵⁹

Violencia psicológica

La violencia psicológica es una de las formas más sutiles pero devastadoras de agresión que se manifiestan en el entorno escolar. Su principal objetivo es impactar negativamente la salud mental y emocional de la víctima, utilizando tácticas diseñadas para manipular, intimidar o humillar de manera recurrente.⁶⁰ A diferencia de la violencia física o verbal, la violencia psicológica opera de manera más encubierta —lo que dificulta su identificación y abordaje oportuno; no obstante, sus efectos pueden ser profundamente perjudiciales y duraderos.⁶¹

⁵⁸ Carmen Herrera López y Luis Fernando Sánchez Morales, "El impacto de la violencia escolar en el desarrollo emocional y social de los estudiantes de nivel medio superior", *Revista de Estudios Psicosociales*, vol. 18, núm. 2, 2021, pp. 56-72.

⁵⁹ Alejandra Celis-Sauce y José Luis Rojas-Solís, "Manifestaciones de la violencia escolar en entornos educativos", *Revista Educativa y Psicología Aplicada*, vol. 14, núm. 3, 2020, pp. 45-58.

⁶⁰ Carmen Herrera López y Luis Fernando Sánchez Morales, "El impacto de la violencia escolar en el desarrollo emocional y social de los estudiantes de nivel medio superior", *Revista de Estudios Psicológicos y Sociales*, vol. 18, núm. 2, 2021, pp. 89-105.

⁶¹ Diana Contreras Vázquez y Miguel Ángel García Estrada, "Relaciones conflictivas en el noviazgo adolescente: Implicaciones para el clima escolar", *Sinéctica*, núm. 57, 2021, e1272.

Entre los ejemplos más comunes de violencia psicológica se incluyen el acoso persistente, la intimidación constante, la humillación pública o privada, la discriminación basada en aspectos como género, raza, clase social u orientación sexual, y la exclusión social deliberada. También se manifiesta mediante la generación de un clima de miedo e inseguridad, en el que la víctima se siente constantemente vigilada o amenazada, incluso en ausencia de agresiones directas. Esta forma de violencia crea una sensación de aislamiento y desamparo en las víctimas, afectando no solo su bienestar emocional, sino también su capacidad para participar plenamente en la vida académica y social de la escuela.⁶²

La violencia psicológica deja *cicatrices profundas* en quienes la experimentan, pues afecta su autoestima, confianza y desarrollo personal. Las víctimas suelen presentar síntomas de ansiedad, depresión, estrés crónico e incluso trastorno de estrés postraumático. A largo plazo, este tipo de violencia puede limitar la capacidad de las víctimas para establecer relaciones saludables, desenvolverse en entornos sociales y alcanzar su potencial académico y profesional. Además, el impacto de la violencia psicológica no se limita a las víctimas directas, sino que también influye en el clima escolar en general, promoviendo un ambiente de hostilidad y desconfianza.⁶³

Para García y Torres, un aspecto crítico para entender la perpetuación de la violencia psicológica es el concepto de violencia cultural, como lo describe Galtung. Para el sociólogo noruego, las normas sociales, los prejuicios y los estereotipos profundamente arraigados contribuyen a justificar y normalizar la violencia en sus diferentes manifestaciones, incluyendo la psicológica. De igual manera, en el contexto escolar, expresiones culturales como dichos, refranes, actitudes discriminatorias o estereotipos de género refuerzan dinámicas de exclusión y agresión. Estas prácticas, aunque a menudo invisibles o trivializadas, legitiman la violencia al enmarcarla como parte de las interacciones sociales “normales”.⁶⁴

⁶² Elena Martínez Fernández y Sofía Luna Gómez, “Factores culturales y comunitarios en la perpetuación de la violencia escolar”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 12, núm. 4, 2021, pp. 122-138.

⁶³ Guillermo Fernández Hernández y Laura Martínez Pérez, “La influencia de las dinámicas familiares en la violencia escolar: Un análisis integral”, *Revista de Educación y Sociedad*, vol. 12, núm. 4, 2021, pp. 45-68.

⁶⁴ Helena García López y Marco Torres Sánchez, “El papel de la comunidad escolar en la pre-

Para López y Ramírez, abordar la violencia psicológica requiere un enfoque integral que trascienda las intervenciones individuales: es necesario considerar el contexto cultural y estructural que sustenta estas dinámicas, y promover cambios profundos en las actitudes y prácticas escolares. Esto incluye implementar programas de sensibilización y educación emocional para estudiantes, docentes y familias, así como promover una cultura escolar basada en el respeto, la inclusión y la empatía. Además, se deben establecer protocolos claros para identificar, denunciar y abordar la violencia psicológica, de manera que se garantice un entorno seguro y de apoyo para todos los miembros de la comunidad educativa.⁶⁵ En última instancia, como lo señalan Campos y Ruiz, combatir la violencia psicológica en las escuelas no solo implica atender los casos individuales, sino también transformar las estructuras culturales que perpetúan estas dinámicas, sólo así se contribuirá un entorno escolar en el que todos los estudiantes puedan desarrollarse de manera plena y segura.⁶⁶

Metodologías empleadas en los estudios

Garzón González, de la Cruz Reyes y Nambo de los Santos realizaron un estudio cuantitativo basado en encuestas a 1 110 alumnos de primero y segundo de bachillerato de nueve preparatorias de la UAEM. Con seis instrumentos —que midieron agresión, victimización, satisfacción vital y comunicación familiar— y apoyados en el Modelo Ecológico de Bronfenbrenner, llevaron a cabo análisis multivariados para relacionar factores individuales y contextuales. Este enfoque les permitió identificar perfiles de riesgo diferenciados por sexo y plantel. Además, encontraron que la violen-

ción del ciberacoso”, *Estudios de Pedagogía y Tecnología Educativa*, vol. 15, núm. 1, 2022, pp. 102-118.

⁶⁵ Andrea López Torres y Carlos Ramírez Gómez, “Violencia en el ámbito escolar: Una aproximación a las dinámicas relacionales en comunidades rurales”, *Revista de Estudios Rurales y Educación*, vol. 7, núm. 3, 2019, pp. 56-73.

⁶⁶ Beatriz Campos Solís y Fernando Ruiz Calderón, “Programas de intervención socioemocional en la prevención de violencia escolar”, *Revista Internacional de Educación Emocional*, vol. 3, núm. 1, 2020, pp. 45-60.

cia y la ideación suicida se asocian con la calidad de los vínculos familiares y escolares.⁶⁷

En cambio, Madrid, Rovira y Sánchez usaron una metodología mixta, con un diseño paralelo convergente: recabaron datos cuantitativos mediante un cuestionario de ciberacoso aplicado a 762 estudiantes y, de forma simultánea, obtuvieron datos cualitativos a través de diarios electrónicos y foros en línea.⁶⁸ Los datos obtenidos se revisaron, en un primer momento, por separado, según su tipo. Posteriormente, en la fase de interpretación, se integró toda la información y se analizó en busca de convergencias, divergencias y explicaciones complementarias.

La triangulación les permitió, por ejemplo, corroborar que la exposición diaria a contenido violento en redes predice una mayor frecuencia de ciberagresiones (hallazgo cuantitativo) y, al mismo tiempo, matizar esta relación con testimonios que atribuyen dichas agresiones a la normalización del lenguaje hostil en grupos de mensajería (hallazgo cualitativo). Así, en concordancia con la tipología de diseños mixtos de Creswell y Plano Clark,⁶⁹ este enfoque maximizó la validez que sus hallazgos al contrastar evidencia numérica con narrativas personales, ofreciendo una visión holística de los factores asociados al ciberacoso en la EMS.

Di Napoli y Pogliaghi por su parte, emplearon un enfoque cualitativo al investigar los significados de la violencia desde la perspectiva de los estudiantes; por medio de entrevistas semiestructuradas y grupos focales lograron exportar las interpretaciones de los jóvenes sobre dicho fenómeno.⁷⁰ Este enfoque facilitó la exploración de las percepciones y emociones de los jóvenes con relación a la violencia escolar.

⁶⁷ Dulce Vanessa Garzón González, Miriam de la Cruz Reyes y Juan Salvador Nambo de los Santos, "Violencia escolar en estudiantes de nivel medio superior", *Inventio*, vol. 17, núm. 41, 2021, pp. 1-10.

⁶⁸ Ignacio Madrid, Laura Rovira y Mónica Sánchez, "Factores asociados al ciberacoso en estudiantes de bachillerato: un diseño mixto convergente", *Revista Iberoamericana de Psicología y Educación*, vol. 17, núm. 1, 2022, pp. 45-67.

⁶⁹ John W. Creswell y Vicki L. Plano Clark, *Designing and Conducting Mixed Methods Research*, 3ª ed., SAGE, Los Ángeles, 2018, pp. 77-104.

⁷⁰ Mario Di Napoli y Andrea Pogliaghi, "Significados de la violencia desde la perspectiva de estudiantes mexicanos y argentinos", *Sinéctica*, núm. 53, pp. 1-23, [https://doi.org/10.31391/S2007-7033\(2019\)0053-015](https://doi.org/10.31391/S2007-7033(2019)0053-015), consultado en diciembre 2024.

Otro de los autores, Carranza, utilizó un enfoque cualitativo etnográfico para explorar la transformación de conflictos en el bachillerato, centrándose en la convivencia escolar y las prácticas que contribuyen a una cultura de paz.⁷¹ Su metodología incluyó observaciones participativas y entrevistas en profundidad, lo que facilita la comprensión de las dinámicas sociales dentro de las escuelas.

Las diversas aproximaciones metodológicas mencionadas hasta el momento enriquecen el entendimiento de la violencia escolar, pero también señalan la necesidad de desarrollar metodologías integrales que aborden la complejidad del fenómeno. La combinación de métodos cuantitativos y cualitativos puede ofrecer una perspectiva más completa y ayudar a desarrollar estrategias más efectivas.

Así pues, como se mostró con las investigaciones descritas, la elección del método de investigación influye significativamente en los hallazgos, que puedan obtenerse. Ahora bien, cada metodología tiene ventajas y limitaciones: los estudios de corte cuantitativo —predominantemente basados en encuestas—, permiten identificar la prevalencia de la violencia escolar y sus factores asociados, así como analizar tendencias en poblaciones amplias; sin embargo, suelen carecer de profundidad contextual.

Por su parte, los estudios cualitativos emplean técnicas como entrevistas, grupos focales y observaciones, que facilitan una comprensión más rica y matizada de las experiencias y percepciones de los actores involucrados; no obstante, aunque proporcionan profundidad, estos métodos tienen menos alcance en términos de generalización.

En cambio, los estudios mixtos, al combinar las metodologías cuantitativas y cualitativas, ofrecen un enfoque integral que permite validar y enriquecer los hallazgos desde múltiples perspectivas. Por lo tanto, la triangulación de ambos enfoques, por medio de métodos mixtos, se recomienda para una visión más robusta y holística.⁷²

⁷¹ Leticia Carranza Peña, "Transformación de conflictos y convivencia escolar en el bachillerato...", *op. cit.*, pp. 73-92.

⁷² Alvin López Retana, "La violencia escolar en...", *op. cit.*, pp. 87-114.

Fuentes de datos y análisis temático

En este apartado se incluye, un conjunto diverso de fuentes que abarcan encuestas estructuradas, artículos académicos y estudios de caso. Por ejemplo, el trabajo de Romero destaca el uso de encuestas para analizar la percepción de los estudiantes sobre la violencia física y simbólica en el contexto escolar. Los resultados obtenidos con este enfoque cuantitativo muestran la prevalencia de estas dinámicas en instituciones educativas de Jalisco.⁷³ Las encuestas son esenciales para identificar patrones de comportamiento y cuantificar el impacto de la violencia en los estudiantes, lo que permite un análisis basado en datos representativos.

Por otra parte, el estudio coordinado por Monroy y Palafox emplea un enfoque cualitativo, pues por medio de entrevistas semiestructuradas, explora las experiencias de estudiantes y docentes en comunidades indígenas. Este enfoque testimonial hace posible capturar las percepciones y vivencias de los participantes, generando un entendimiento más profundo de cómo la violencia escolar se vincula a factores culturales y contextuales específicos.⁷⁴ Los hallazgos obtenidos con ambos métodos en conjunto, enriquecen la comprensión del fenómeno, pues lo exploran desde múltiples perspectivas.

En cambio, en el análisis de María del Rosario Ayala Carrillo se destaca el uso de estudios de caso para documentar los factores estructurales que perpetúan la violencia escolar. Este enfoque metodológico, aplicado en instituciones rurales, ofrece la posibilidad de vincular las dinámicas escolares con problemas comunitarios más amplios, como la desigualdad económica y la falta de recursos educativos. Los estudios de caso son cruciales para contextualizar hallazgos y generar estrategias de intervención específicas.⁷⁵

El análisis temático y comparativo de la información revela patrones clave sobre las dinámicas de violencia escolar en diferentes contextos socio-

⁷³ Alfredo Leonardo Romero Sánchez, "Acoso escolar desde la visión...", op. cit., pp. 196-210.

⁷⁴ Lucía Monroy Cazorla, Germán Palafox, Palafox, y Arturo Bouzas Riaño, "Perfiles de riesgo..." op. cit.

⁷⁵ María del Rosario Ayala Carrillo, "Violencia escolar: Un problema complejo", *Ra Ximhai*, vol. 11, núm. 4, 2015, pp. 225-238.

culturales. Uno de los hallazgos más significativos es que la forma en que los estudiantes perciben la violencia varía según su entorno. En el caso de las escuelas rurales de México, como se detalla en el trabajo de Ruiz-Ramírez et al., la violencia escolar está estrechamente vinculada a factores externos como la pobreza, la marginación y la falta de recursos educativos. Estas condiciones estructurales no solo influyen en la prevalencia del *bullying*, sino también en el abandono escolar, especialmente entre estudiantes de comunidades indígenas.⁷⁶

En una línea similar, el estudio realizado por Di Napoli y Pogliaghi explora y compara los significados atribuidos a la violencia escolar desde la perspectiva de los estudiantes en dos países: México y Argentina. Resalta cómo los jóvenes, en entornos urbanos en Argentina tienen una percepción más crítica sobre la violencia escolar en comparación con sus pares mexicanos. Esto se debe en parte a las diferencias en los sistemas educativos y las estrategias de prevención implementadas en ellos. En México, las intervenciones suelen centrarse en la resolución de conflictos específicos, mientras que en Argentina se prioriza un enfoque preventivo que fomenta la educación emocional y la comunicación abierta entre estudiantes y docentes.⁷⁷ El análisis de los datos subraya que la violencia no siempre se percibe como un acto explícito de daño físico o verbal; en muchos casos, incluye formas más sutiles como la exclusión social o la burla constante. Este enfoque relacional permite entender cómo los valores culturales y las normas sociales influyen en las percepciones y respuestas a la violencia, lo que en última instancia afecta las dinámicas dentro de las aulas.⁷⁸

El análisis temático también destaca que la violencia escolar no se limita a interacciones entre pares, sino que en algunos casos incluye la participación indirecta de docentes y personal administrativo. La anterior se relaciona con el hallazgo de Ruiz-Ramírez et al. en la investigación previamente mencionada la falta de intervención efectiva por parte de las autoridades escolares perpetúa las dinámicas de poder que sostienen el acoso y el *bullying*. Además, en dicho estudio se identifica que este factor es particularmente relevante en contextos rurales, en los que las jerarquías tradicio-

⁷⁶ Rosalva Ruiz Ramírez et al., "La relación bullying-deserción escolar...", op. cit., pp. 37-45.

⁷⁷ Pablo Nahuel Di Napoli y Leticia Pogliaghi, "Significados de la violencia...", op. cit.

⁷⁸ Idem.

nales y las normas comunitarias limitan las posibilidades de denunciar estas conductas.⁷⁹ Por último, este análisis subraya la influencia del entorno familiar y comunitario en la perpetuación —o mitigación— de la violencia escolar en México.

Ahora bien, aunque algunas investigaciones nacionales muestran que la violencia intrafamiliar, la desorganización barrial y la exposición cotidiana a conductas antisociales incrementan la probabilidad de que los estudiantes reproduzcan comportamientos agresivos dentro del plantel,⁸⁰ las intervenciones orientadas a estos factores estructurales siguen siendo puntuales y, con frecuencia, poco adaptadas a las realidades socioculturales de cada entidad federativa.⁸¹ Ello evidencia la urgencia de diseñar programas preventivos más inclusivos y culturalmente sensibles que articulen escuela, familia y comunidad.

Intervenciones y programas preventivos

El informe de UNICEF y la Campaña Latinoamericana por el Derecho a la Educación (CLADE), publicado en 2016, examina estrategias preventivas de violencia de género en escuelas de nivel medio superior y propone acciones concretas para construir entornos escolares más seguros y equitativos: (1) elaborar materiales didácticos con perspectiva de género que promuevan la igualdad de oportunidades; (2) constituir comités escolares especializados para recibir y dar seguimiento a las denuncias de violencia sexual; (3) ofrecer capacitación continua al personal docente y administrativo en prevención, detección y atención de la violencia de género —con énfasis en la violencia sexual—; y (4) sensibilizar a la comunidad educativa mediante el análisis de noticias, el debate de casos reales y la creación

⁷⁹ Rosalva Ruiz-Ramírez et al., "La relación bullying-deserción...", op. cit., pp. 37-45.

⁸⁰ Armando Ruiz-Ramírez, Laura Delgado Hernández y Jorge Luna Aguilar, "Factores contextuales de la violencia escolar en telesecundarias rurales de Oaxaca", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 24, núm. 82, 2019, pp. 425-450.

⁸¹ Karla Saucedo Ramos y Óscar Guzmán Gómez, "Violencias escolares en México: síntesis crítica de la investigación 1992-2018", *Perfiles Educativos*, vol. 41, núm. 164, 2019, pp. 110-128.

de “laboratorios de igualdad de género” que recopilen iniciativas inspiradoras y evidencia práctica.⁸²

Por su parte, el documento de la UNESCO sobre violencia y acoso en entornos educativos propone un enfoque integral que incorpore la educación inclusiva y atienda las necesidades de estudiantes con discapacidad. Este enfoque prioriza la creación de ambientes escolares seguros e inclusivos, el liderazgo político sólido, la formación docente para la gestión de aulas inclusivas y la obtención de datos que permitan evaluar la efectividad de las intervenciones. Sin embargo, dicho documento señala también que son escasas las investigaciones centradas en la experiencia de estudiantes con discapacidad, lo que dificulta la valoración de los resultados de implementar las estrategias propuestas y su mejora continua.⁸³

Los programas educativos que consideran el desarrollo de habilidades socioemocionales, la educación digital y la formación docente son esenciales para el desarrollo integral de los estudiantes. Estos programas buscan no solo mejorar el rendimiento académico, sino también fomentar competencias como la empatía, la resolución de conflictos y la comunicación efectiva. La incorporación de habilidades socioemocionales en el currículo escolar es clave para construir ambientes educativos inclusivos y colaborativos, ya que ayuda a reducir la violencia y el acoso escolar.⁸⁴

De igual manera, la educación digital es fundamental en estos programas, debido a que prepara a los estudiantes para enfrentar los desafíos de un entorno cada vez más tecnológico. Promover un uso seguro y responsable de las redes sociales no solo beneficia el aprendizaje, sino que también ayuda a prevenir conductas de riesgo en el ámbito digital. Combinar las estrategias pedagógicas digitales con un enfoque socioemocional potencia el impacto positivo de estas iniciativas.⁸⁵

⁸² Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia UNICEF y Campaña Latinoamericana por el Derecho a la Educación CLADE, *Violencia de género en las escuelas: caminos para su prevención y superación*, UNICEF-CLADE, Brasília, 2016.

⁸³ UNESCO, *Violencia y acoso en entornos educativos: La experiencia de niños, niñas y jóvenes con discapacidad*, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, París, 2021.

⁸⁴ Roberto Peña González y José Antonio Ramírez Pérez, *Atlas de la seguridad y violencia en Morelos*, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Cuernavaca, 2015.

⁸⁵ Mejoredu, *La violencia entre estudiantes de educación básica y media superior en México*, Secretaría de Educación Pública, México, 2023.

Por otro lado, la formación docente es crucial para el éxito de estos programas, ya que los educadores son agentes clave en la implementación de prácticas pedagógicas innovadoras. Formarlos en habilidades digitales, así como en el manejo de conflictos y la promoción de una convivencia escolar saludable, fortalece su capacidad para generar un clima positivo en el espacio educativo. La coherencia entre lo que se enseña y lo que se practica en el aula resulta esencial para promover una educación ciudadana efectiva.

Según Prieto, Carrillo y Jiménez, un enfoque de intervención efectivo contra la violencia escolar debe incluir programas de concientización que exploren los roles de agresor, víctima y observador (AVO), así como talleres prácticos de resolución de conflictos. Tras implantar estas estrategias en un grupo piloto se observó un cambio significativo en la percepción de los estudiantes, quienes adquirieron mayor conciencia de sus roles y acciones dentro del fenómeno del *bullying*. Los autores destacan la importancia de personalizar las intervenciones para abordar problemas específicos en cada institución educativa.⁸⁶

Dorantes y Casillas resaltan que la violencia escolar no sólo se presenta como agresión física, sino también en formas más sutiles como el ciberacoso y la violencia de género. Por ello, las estrategias efectivas, deben incluir tanto campañas de sensibilización como políticas de atención institucional; es decir, se debe tener, a la vez un enfoque preventivo y uno reactivo. De tal manera, es necesario contar con protocolos de intervención que involucren a toda la comunidad educativa, desde estudiantes hasta autoridades locales, para erradicar estas manifestaciones en el entorno escolar.⁸⁷

Por su parte, Espinoza sostiene que el modelo ecológico de Urie Bronfenbrenner permite un análisis integral de la violencia en la EMS, y resalta la necesidad de diseñar intervenciones centradas en las relaciones pedagógicas. Inspirándose en la “pedagogía negra” de Alice Miller, se propone

⁸⁶ María Teresa Prieto Quezada, José Claudio Carrillo Navarro y José Jiménez Mora, “La violencia escolar. Un estudio en el nivel medio superior”, *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 10, núm. 27, 2025, pp. 1027-1045.

⁸⁷ Jeysira Jacqueline Dorantes Carrión y Miguel Ángel Casillas Alvarado, “La importancia de afrontar la violencia de género en la universidad” pp. 25-48, en Jeysira Jacqueline Dorantes Carrión, *Investigaciones sobre violencia en la escuela*, Editorial Brujas, Córdoba, Argentina; Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 2021.

reformular los vínculos entre docentes y estudiantes, no sólo para que sepan reaccionar ante incidentes de violencia, sino para prevenir que sucedan mediante el fortalecimiento de las habilidades socioemocionales y la mejora del clima escolar.⁸⁸

Proponer recomendaciones para intervenciones y políticas públicas

Con base en los hallazgos de estas investigaciones, es evidente la necesidad de diseñar e implementar estrategias efectivas que aborden la violencia escolar en el bachillerato en México. Con ello en mente, López sugiere que las instituciones educativas desarrollen programas de prevención que incluyan la participación activa de docentes, estudiantes y padres de familia, en el fin de promover una cultura de respeto y tolerancia.⁸⁹ Asimismo, recomienda que se implementen talleres y se ofrezcan capacitaciones para fomentar las habilidades socioemocionales de los estudiantes.

Por otra parte, García y Ascensio recomiendan la implementación de políticas públicas que contemplen formar a los docentes en el manejo de conflictos y la identificación temprana de situaciones de violencia.⁹⁰ Además, proponen la incorporación de contenidos sobre convivencia pacífica en los planes de estudio y la creación de protocolos de acción ante casos de *bullying*.

En cambio, Madrid et al. enfatizan la importancia de abordar el ciberacoso por medio de la educación digital y la promoción de prácticas seguras en línea entre los adolescentes.⁹¹ En ese sentido, sugieren que las escuelas deben incluir programas que enseñen a los estudiantes sobre los riesgos en

⁸⁸ Laura Espinoza Ávila, *Violencia en la relación pedagógica en la educación media superior. Entre la visión humanista de Alice Miller y la ecología sistémica de Urie Bronfenbrenner*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma del Estado de México, 2020.

⁸⁹ Renata Alejandra López Retana, "La violencia escolar...", op. cit., pp. 99-111.

⁹⁰ María Verónica García Montañez y Carlos Ascencio Martínez, "Bullying y violencia escolar...", op. cit., pp. 19-33.

⁹¹ Esthela Jacqueline Madrid López, et al., "Factores asociados al ciberacoso en adolescentes", op. cit.

línea y cómo protegerse, a la vez que fomenten una cultura de responsabilidad digital.

Por otro lado, Carranza propone que las intervenciones se orienten hacia la transformación positiva de los conflictos y la promoción de una convivencia escolar basada en la paz liberadora, lo que implica cambios estructurales en las prácticas educativas y en la gestión escolar.⁹² En ese sentido, aboga por la adopción de modelos pedagógicos que fomenten la colaboración y el diálogo entre los estudiantes.

Finalmente, Di Napoli y Pogliaghi resaltan la necesidad de considerar las percepciones y experiencias de los propios estudiantes al diseñar las políticas e intervenciones, pues es necesario asegurarse de que las soluciones sean relevantes y efectivas desde la perspectiva de quienes experimentan la violencia escolar.⁹³ Por ello, recomiendan involucrar a los estudiantes en la creación de estrategias de prevención y respuesta a la violencia.

En conjunto, estas recomendaciones apuntan a la creación de entornos escolares más seguros y al desarrollo de políticas integrales que aborden las diversas facetas de la violencia escolar. Con eso en mente, resulta fundamental que las intervenciones sean multidisciplinarias y cuenten con el apoyo de todos los actores involucrados en el proceso educativo.

Brechas y oportunidades de investigación futura

La violencia escolar en México constituye un fenómeno multidimensional que no puede entenderse únicamente desde la óptica de las dinámicas entre pares dentro del aula. Su origen y persistencia responden a una compleja constelación de factores individuales, familiares, comunitarios, socioculturales y estructurales que se entrelazan y producen manifestaciones que varían significativamente según el contexto geográfico, el nivel educativo, las relaciones de género, las desigualdades socioeconómicas y las prácticas culturales.

⁹² Leticia Carranza Peña, "Transformación de conflictos...", op. cit., pp. 73-92.

⁹³ Mario Di Napoli y Andrea Pogliaghi, "Significados de la violencia...", op. cit.

En relación con lo anterior, la investigación de Saucedo Ramos y Guzmán Gómez concluye que la violencia escolar en México es un fenómeno complejo y multidimensional, moldeado por factores que van más allá de las interacciones entre alumnos e involucran ámbitos familiares, comunitarios, socioculturales y estructurales. Asimismo, señala que sus manifestaciones cambian dependiendo de la región que se habita, el nivel educativo, el género y la desigualdad de las y los involucrados. Por ello, indican que conviene hablar de “violencias” en plural. El balance bibliográfico (1992-2018) realizado por las autoras revela brechas clave en el estudio de este fenómeno: la falta de estudios longitudinales y comparativos, escasa atención a niveles como preescolar o universidad y poca investigación sobre otros actores, además de los estudiantes, así como la desconexión entre la evidencia académica, los programas escolares y las políticas públicas. Estas lagunas pueden ser la base para impulsar agendas de investigación que profundicen en contextos locales, afinen los marcos conceptuales y acerquen la producción científica a las intervenciones y decisiones gubernamentales.⁹⁴

Ahora bien, aunque no se mencionan regiones específicas de forma consistente, se subraya la importancia de considerar el contexto sociocultural para comprender las variaciones en la incidencia y manifestaciones de la violencia. La falta de habilidades sociales, la influencia de la violencia familiar y la exposición constante a la violencia en los medios de comunicación son factores comúnmente citados como raíces del problema.⁹⁵ No obstante, un tema emergente en la EMS es la violencia ejercida por los docentes hacia los estudiantes, una dimensión que ha recibido poca atención en comparación con la violencia entre pares.⁹⁶

En su investigación, Saucedo Ramos y Guzmán Gómez advierten que la agenda nacional sobre violencia escolar se ha concentrado casi exclusivamente en los conflictos entre alumnos, “dejando de lado los problemas re-

⁹⁴ Claudia Lucy Saucedo Ramos y Carlota Guzmán Gómez, “La investigación sobre la violencia escolar en México: tendencias, tensiones y desafíos”, *Cultura y Representaciones Sociales*, vol. 12, núm. 24, 2018, pp. 213-240.

⁹⁵ María Calleros Ortiz, “Cultura de la legalidad: por qué y para qué en la educación media superior”, *IE Revista de Investigación Educativa de la REDIECH*, vol. 5, núm. 8, 2014, pp. 29-35.

⁹⁶ Pablo Nahuel Di Napolí y Leticia Pogliaghi, “Denuncias por violencia de género hacia mujeres estudiantes de bachillerato”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 84, núm. 4, 2022, pp. 907-939.

feridos a otros actores escolares... como son los maestros” y demás personal adulto del plantel. En consecuencia, esta omisión ha invisibilizado prácticas de maltrato ejercidas por el profesorado, así como la posibilidad de dimensionar su verdadera magnitud. De ahí que las autoras señalen como línea prioritaria de investigaciones a futuro “analizar los contextos de práctica”, pues los docentes y directivos coconstruyen la convivencia con los estudiantes. Documentar su participación permitiría pasar de evidencias anecdóticas a diagnósticos sistemáticos y facilitaría el diseño de acciones de prevención y formación docente con bases empíricas sólidas.⁹⁷

Las fuentes revisadas coinciden en que la violencia escolar es un problema multifactorial que exige un abordaje integral; es decir, se resalta la necesidad de considerar factores individuales, familiares, escolares y socioculturales para entender y abordar de manera efectiva este fenómeno. En el ámbito individual, destacan elementos como el déficit en habilidades sociales y los problemas de salud mental, los cuales pueden predisponer a los estudiantes a participar en dinámicas violentas, ya sea como víctimas o agresores.⁹⁸ Por otro lado, los factores familiares, como la violencia doméstica y la falta de apoyo parental, influyen significativamente en las relaciones y conductas de los jóvenes en el entorno escolar. Asimismo, el contexto escolar juega un papel crucial, pues un clima escolar negativo y con normas disciplinarias deficientes contribuye a que persistan estas conductas problemáticas.⁹⁹

Ahora bien, las causas de la violencia escolar no siempre se valoran de manera uniforme entre las fuentes. Mientras algunas investigaciones destacan la influencia de la violencia familiar y la exposición a contenidos violentos en los medios de comunicación, otras priorizan la carencia de habilidades sociales y los problemas de salud mental como factores determinantes. Estas diferencias reflejan la complejidad del fenómeno y la variedad de enfoques teóricos empleados para su estudio.

⁹⁷ Claudia Lucy Saucedo Ramos y Carlota Guzmán Gómez, “La investigación sobre...”, op. cit., pp. 213-240.

⁹⁸ Alvin López Retana, “La violencia escolar en instituciones de educación media superior en México, desde la perspectiva de las cadenas rituales de interacción”, *Revista Internacional de Educación Emocional y Bienestar*, vol. 2, núm. 2, 2022, pp. 87-114.

⁹⁹ Maritza Verónica García Montañez y Christian Amaury Ascensio Martínez, “Bullying y violencia escolar...”, op. cit., pp. 9-38.

De igual manera, las estrategias para prevenir la violencia escolar varían ampliamente. Por un lado, se proponen programas de desarrollo de habilidades socioemocionales y educación emocional, que busquen fortalecer las capacidades individuales de los estudiantes. Por otro lado, se sugieren implementar medidas disciplinarias más estrictas y fomentar la colaboración activa entre la escuela y las familias como enfoques complementarios. Sin embargo, no existe consenso respecto a qué estrategias son más efectivas, ya que su éxito suele depender del contexto particular de cada escuela y de las características específicas de los estudiantes involucrados.¹⁰⁰

Si bien se ha estudiado con mayor frecuencia la violencia escolar en entornos urbanos, los contextos rurales, indígenas e interculturales permanecen relativamente ausentes de la agenda investigativa. El desconocimiento sobre las dinámicas de violencia en comunidades con arraigo cultural específico, lenguas indígenas, prácticas tradicionales o condiciones socioeconómicas desiguales dificulta el diseño de intervenciones efectivas y culturalmente adaptadas. Esta brecha es crítica, pues las comunidades rurales e indígenas presentan vulnerabilidades únicas: mayor aislamiento geográfico, recursos educativos limitados, escasa presencia institucional y, con frecuencia, valores y normativas informales que inciden en la forma de gestionar conflictos. La ausencia de estudios que exploren en profundidad la violencia escolar en estas áreas invisibiliza las necesidades locales y limita la capacidad de respuesta de las políticas públicas; al carecer de evidencia contextualizada, no es posible diseñar propuestas que ayuden a disminuir la violencia y el acoso escolar.

Otra brecha importante en el estudio de este fenómeno la influencia del género. Aunque la literatura reconoce que la violencia afecta por igual a hombres y mujeres, rara vez se profundiza en los mecanismos que vinculan estereotipos, roles de género y poder con el acoso. Por ejemplo, las expectativas tradicionales sobre la masculinidad pueden alentar conductas agresivas, mientras que las normas sobre la feminidad pueden condicionar la respuesta de las mujeres. De igual manera, las personas LGBTIQ+ enfrentan hostigamiento específico que combina violencia escolar con discriminación

¹⁰⁰ Idem.

por orientación sexual o identidad de género.¹⁰¹ Al respecto, cabe mencionar que estudios en Monterrey encontraron que una tercera parte de los incidentes de acoso estaban ligados a la orientación sexual.

Además, la transformación digital ha incrementado la complejidad de los riesgos en línea. Aunque el ciberacoso ha sido objeto de estudio, el análisis académico suele quedar rezagado ante la rápida evolución tecnológica. Ejemplo de esto es que temas emergentes como el metaverso, la inteligencia artificial y los algoritmos de exclusión han sido poco explorados. Un estudio internacional reciente advierte que el 44% de adolescentes en plataformas de metaverso han experimentado discursos de odio y el 19% ha sido víctima de acoso sexual.¹⁰² Así pues, la investigación nacional debe ampliarse a estas nuevas fronteras tecnológicas. La posibilidad de hostigar a otros en entornos virtuales inmersivos, de difundir contenido a mayor escala o de generar entornos de exclusión mediante algoritmos y recomendaciones automatizadas, son ámbitos que requieren mayor atención, ya que eso permitirá anticipar sus desafíos y formular protocolos de prevención y detección temprana que reconozcan el carácter dinámico de la violencia digital.

En lo metodológico, las investigaciones revisadas presentan limitaciones que se traducen en oportunidades de mejora. Aún persiste la falta de definiciones claras y consensuadas sobre qué es la violencia escolar, lo que dificulta la comparación entre estudios y la consolidación de un cuerpo teórico robusto. Muchos trabajos se centran en el *bullying* —entendido como una dinámica sostenida de acoso—, pero dejan de lado otras manifestaciones menos visibles o más normalizadas, como la violencia simbólica, el acoso por jerarquías escolares, la participación indirecta de docentes o administradores, y el rol de la violencia estructural. Además, la mayoría de los estudios en violencia escolar utiliza diseños correlacionales transversales basados en encuestas y autoinformes, dejando un amplio espacio para diseños más robustos. En particular, los diseños mixtos convergentes y se-

¹⁰¹ Andrea Avilez Ortega, y Lázaro Mauricio Ayala Torres (coords.), *Violencia escolar contra estudiantes LGBT en México*, Comisión Nacional de los Derechos Humanos, México, 2020.

¹⁰² Imran Ahmed, *Metaverso: donde las personas van a abusar de niños*, Center for Countering Digital Hate CCDH, Londres, 2022. <https://counterhate.com/topic/inside-the-metaverse/> consultado en julio 2025

cuenciales,¹⁰³ así como los estudios longitudinales, permitirían visualizar cambios en periodos de tiempo. Además, para evaluar la eficacia de intervenciones escolares —por ejemplo, talleres socioemocionales o protocolos de mediación— conviene incorporar diseños experimentales, junto con cuasiexperimentales (uso de grupos de comparación no aleatorizados) y preexperimentales (como mediciones, en un solo grupo, antes y después de la implementación de una estrategia).¹⁰⁴ De igual manera, el uso de instrumentos validados culturalmente, adaptados mediante pruebas psicométricas, contribuiría a capturar con mayor fidelidad la complejidad y los matices del fenómeno en distintos contextos.

Asimismo, incorporar metodologías cualitativas profundas, como etnografía o investigación-acción participativa, enriquecería el entendimiento de la violencia escolar, pues se explorarían sus raíces culturales y simbólicas. Por medio de técnicas específicas de recolección de datos —observación participante, entrevistas semiestructuradas, grupos focales y análisis de documentos institucionales y mediáticos— que permiten acceder a las interpretaciones y prácticas de los actores involucrados.¹⁰⁵ Combinar estos métodos con los cuantitativos y experimentales, proporcionaría una visión holística que apoye el diseño de programas inclusivos y contextualizados.

Ahora bien, la vinculación entre academia y políticas públicas sigue siendo una asignatura pendiente. La abundancia de estudios y datos no siempre se traduce en programas de intervención eficaces, continuidad en las iniciativas propuestas o su adaptación a contextos específicos. Por el contrario, las intervenciones suelen ser pasajeras, sin que se lleve a cabo una evaluación rigurosa de su impacto, o se centran en estrategias punitivas en lugar de promover la convivencia, la educación emocional y la formación en valores. Así pues, la construcción de una agenda de colaboración entre investigadores, autoridades, docentes, familias y estudiantes podría optimizar la aplicación de iniciativas, fomentar la transferencia de

¹⁰³ John W. Creswell y Vicki L. Plano Clark, *Designing and Conducting Mixed Methods Research*, Los Ángeles: SAGE, 2018, pp. 55-78.

¹⁰⁴ Donald T. Campbell y Julian C. Stanley, *Experimental and Quasi-Experimental Designs for Research*, Rand McNally, Chicago, 1963, pp. 16-45.

¹⁰⁵ Norman K. Denzin y Yvonna S. Lincoln (coords.), *The SAGE Handbook of Qualitative Research*, SAGE, Thousand Oaks, 2011, pp. 190-215.

conocimiento y asegurar que las políticas respondan a necesidades reales, basadas en evidencia y ajustadas a la diversidad de entornos educativos mexicanos.

Las líneas de investigación planteadas requieren un enfoque holístico e interdisciplinario que incorpore disciplinas como psicología, sociología, pedagogía y tecnología educativa. De igual manera, aprovechar los datos nacionales para generar diagnósticos longitudinales y evaluar intervenciones con base en retroalimentación continua es esencial. La agenda de intervención debe priorizar la formación docente, no solo en técnicas de manejo de conflictos y reconocimiento de agresiones, sino también en el desarrollo de habilidades emocionales, competencias interculturales, perspectiva de género, alfabetización digital y estrategias inclusivas. Del mismo modo, el fomento de las habilidades socioemocionales en los estudiantes, la participación de las familias y la construcción de alianzas con organizaciones de la sociedad civil podría consolidar entornos más seguros y justos. La promoción de una cultura de paz requiere ir más allá de la mera prevención del acoso, que adopte principios de educación para la convivencia que fortalezcan la empatía, la colaboración, la resolución pacífica de conflictos y el respeto a la diversidad.¹⁰⁶

En suma, la revisión de la literatura sobre violencia escolar en el bachillerato en México muestra que las brechas de conocimiento coinciden con nuevas oportunidades para la acción; explorar las realidades rurales e indígenas, integrar la perspectiva de género de manera interseccional, anticipar el impacto de las tecnologías emergentes, unificar definiciones y marcos teóricos, e intensificar la relación entre investigación y política educativa, son pasos necesarios hacia la comprensión integral del fenómeno. Al avanzar en estas direcciones, la comunidad académica, las autoridades, el personal docente, las familias y los propios estudiantes podrían contribuir a transformar las escuelas en espacios en los que prevalezcan la inclusión, el diálogo, el bienestar emocional y la dignidad humana.

¹⁰⁶ Secretaría de Salud, *Estadísticas de violencia escolar 2021-2022*, Dirección General de Información en Salud, México, 2022

Conclusiones

La revisión del estado del arte sobre la violencia escolar en el bachillerato en México (2013-2023) revela que este fenómeno es complejo, multidimensional y va más allá del espacio físico escolar. No se limita a la agresión directa entre estudiantes, sino que surge de la interacción dinámica de factores personales, familiares, comunitarios, culturales, económicos y tecnológicos. Esta violencia, en sus diversas formas (*bullying*, ciberacoso, discriminación y exclusión) perjudica el rendimiento académico, la salud mental y la convivencia escolar y dificulta la creación de entornos educativos seguros, inclusivos y dignos.

Ahora bien, dado que la violencia escolar está estrechamente vinculada a los contextos sociales que la rodean, las desigualdades económicas, las relaciones de poder basadas en estereotipos de género, los racismo, la exclusión social y la violencia estructural alimentan las dinámicas agresivas en las escuelas. Esto se agrava en entornos rurales, indígenas o marginados, donde la falta de recursos, la limitada presencia institucional y la invisibilidad histórica dificultan la identificación y atención del problema. Por ello, es prioritario ampliar la investigación hacia regiones rurales e interculturales, reconociendo sus particularidades sociales y culturales, para diseñar soluciones adaptadas a cada contexto.

De igual manera, la perspectiva de género es todavía un aspecto insuficientemente explorado; aunque se reconoce que hombres, mujeres y personas con diversas identidades de género y orientaciones sexuales viven la violencia de manera distinta, faltan estudios que profundicen en las dinámicas de poder y las construcciones culturales que perpetúan la discriminación y el acoso. Incorporar el enfoque de género e interseccionalidad es vital para comprender la interacción entre distintas formas de opresión, y así diseñar intervenciones que fomenten la igualdad y el respeto a la diversidad.

Los hallazgos de esta revisión evidencian la necesidad de que escuelas o planteles educativos de EMS integren una pedagogía que incorpore educación emocional, habilidades socioemocionales, ciudadanía digital, alfabetización en derechos humanos y enfoque de género. Esto exige repensar el currículo, capacitar al personal docente e implementar programas inte-

grales de prevención de la violencia con la participación de estudiantes, familias, docentes, personal administrativo y autoridades.

Además, se requieren marcos normativos claros, protocolos sólidos y medidas más allá de la sanción, priorizando la prevención, la capacitación docente, la participación comunitaria y el trabajo intersectorial. De igual manera, es necesario invertir en investigación a largo plazo y con métodos mixtos para comprender mejor el fenómeno, evaluar el impacto de las intervenciones y adaptar las políticas a las dinámicas cambiantes de las escuelas.

Así pues, la violencia escolar en México refleja problemas sociales más amplios, pero también ofrece oportunidades para innovar y transformar el entorno educativo. Asumir la complejidad, de este fenómeno, su diversidad y la imposibilidad de llegar a respuestas únicas marca el cambio hacia escuelas más justas, inclusivas y pacíficas, donde el respeto, la convivencia y la solidaridad sean valores cotidianos que impulsen el pleno desarrollo de adolescentes y jóvenes.